

Merece de los hombres, mas por cierto
Que quien el alma mata y envenena
Como es de Dios el alma,
Merece el matador mayor cadena.
Las almas enlazadas por el vicio,
Juntas deben marchar, juntas salvarse
O abrazadas rodar al precipicio.

En aquel mismo momento
Dos fuertes golpes sonaron
En las puertas, y Gregüela
Entró en la estancia azorado.

—¿Qué traes? le gritó Mañara.

—En la puerta hay un hidalgo

Que quiere veros.

—Que suba.

Y en la estancia á poco rato

Entró un hombre, cuyo traje

Descompuesto y empolvado

Declaraba que el viajero

Era un militar bizarro

Y que de Italia ó de Flándes

Estaba recien llegado.

—¿Quién es Don Miguel Mañara?

Preguntó.

—Yo soy, hidalgo.

Y vos, ¿quién sois?

—De una muerta

Soy el vengador hermano.

—Pues ya sé á lo que venis.

Fijad el sitio y el plazo.

—Ahora mismo.

—Enhorabuena.

—Salgamos de aquí.

—Salgamos.

Levantóse el de Acebedo,
Y, poniéndose entre ámbos,
¡Nunca, exclamó, fui segundo
En vengar propios agravios!
Tengo con Mañara cuentas
Bastante antiguas, hidalgo,
Y si vos le dais la muerte,
Mi honor no queda vengado.

Tomad el segundo puesto,
Y si me mata su mano
¡Pardiez! que contento muera,
Pues la venganza en vos hallo.
—Fijad vos plazo, Acebedo,
Dijo Mañara temblando
De coraje.

—Sea esta noche.

—¡Hora!

—Vos la habeis marcado.

Cuando Caridad sea vuestra.

¡A las diez!

—Las diez aguardo.

Y vos, hidalgo, á las doce.

—Sitio...

—¡De Tablada el campo!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSERVATORIO DE CULTURA

VI.

Pálida, triste, llorosa,
Inmóvil como una estatua,
Caridad mira del Bétis
Correr las tranquilas aguas.
Y al resplandor de la luna,
Que se quiebra en su ventana,
Y que su hermoso semblante
Tiñe de color de nácar,
Parece blanca azucena
Que triste la muerte aguarda.

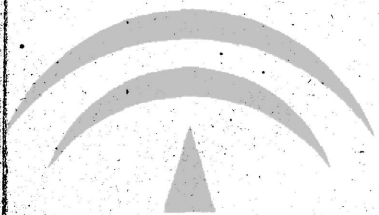
¡Niña infeliz! Ve las ondas

Que vienen, que ván, que pasan...
Y las ondas que se fueron
Jamás volverá á mirarlas.
Del arroyo de la vida
Olas son las esperanzas,
Y en el mar del desengaño
Unas trás otras acaban.
¡Niña infeliz! ¡Cuántas véces
Ha recordado á Mañara,
Y sus propios pensamientos
Han desgarrado su alma!
Ella, pura como un ángel,
Alentar vana esperanza,

Amar á quien sólo busca
 Robar su dicha y su calma,
 Atar su vida á la muerte,
 Ver su pureza empañada...!
 Le asaltan mil pensamientos,
 Siente tal miedo en el alma,
 Que hasta en las ondas del río
 Mira siniestros fantasmas.
 Siente rüido... un murmullo
 De voces confusas, vagas,
 Y oye su nombre. El acento
 Que pronuncia tal palabra,
 Como en su pecho resuena,
 Sospecha que es de Mañana.
 Y al par mira vagas sombras,
 Negras, siniestras, extrañas,
 Que cual jauría de lobos
 Su pobre mansion rondaban.

Cerró sus ojos la niña,
 Presa de pavor el alma,
 Y eco de angustia al abrirlos
 Resonó en la pobre estancia.
 ¿Era un sueño, una quimera,
 Un aterrador fantasma?

Cayó al suelo, y en el suelo
 Cayó desde la ventana
 Un hombre á la vez, lanzando,
 Satánica carcajada.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERIA DE CULTURA

—¡Socorro! ¡favor! ¡jimió
La pobre niña en su espanto.
—¡Mil truenos! Seca ese llanto,
El hombre le respondió:

Y en el contiguo aposento
Una voz ¡hija! decía;
De un sepulcro parecía
Que brotaba aquel acento.

—Tu suerte al fin te depara
Rico y gentil caballero.

—¿Quién sois vos?

—El escudero
De don Miguel de Mañara.

—¡Mañara! ¡Pretende así
Envolverme en fieros lazos?...
Gregüela en sus fuertes brazos
La estrechó con frenesí.

Por ella corrió un temblor
De la cabeza á los piés.
¡Temblaba como la miés
En manos del segador!

Y en lucha tan desigual
La pobre niña espiraba,
Y al mismo tiempo escuchaba
El acento sepulcral

Que ¡hija del alma! decía,
¡Ladrones, sin compasión,

Arrancais el corazon
De una madre en su agonía!

Mas Gregüela nada oyó,
De la niña desprendióse,
A la ventana acercóse,
Y un largo silbido dió.

Al volver hácia su presa
Con depravada intencion,
Vió á la jóven, de la luna
Al dulce y túbio fulgor;
En los brazos de una sombra,
Que sombra le pareció,
Aquel bulto que miraba
Revolverse en un rincon.
Avanzó osado, y la niña,
Presa de angustia y terror,
—¡Salvadme, madre, salvadme!
Dijo con helada voz.
Y dando auxilio á la vida
La muerte en esta ocasion,
Colocando á sus espaldas
A la prenda de su amor,
—Si avanzais un paso más,
Con voz rujiente exclamó,
Sois cadáver. Y una daga,
De la luna al resplandor,



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Brilló en las manos convulsas
De la tétrica vision.
Gregüela, helado de espanto,
Al punto retrocedió,
Se avalanzó á la ventana,
Y al reflejar el fulgor
De la luna en su semblante,
Terrible grito escuchó
Que, desgarrando su pecho,
Penétró en su corazon.
Y la sombra avanzó rápida
A Gregüela. Le miró
Con desencajados ojos...
Quiso hablar... pero su voz
Sólo dijo:

—¡Eres su padre!

Y entre sus brazos cayó.

Horrorizado Gregüela,
Recuerda en aquella voz
La historia de veinte años
De crímenes y de horror:
Y quizás por vez primera
Llanto en sus ojos halló,
Y un pensamiento contrito,
Y en su lábio una oracion,
No escuchando los terribles
Gritos de insano furor
Con que Mañara y los otros,
Testigos de su baldon,

De Gregüela maldecían
 Y blasfemaban de Dios,
 Temiendo que el escudero,
 Prudente en esta ocasión,
 Se aprovechase del fruto
 Que codiciaba el señor.

Mañara ardiendo en coraje,
 Lleno de angustia, escuchó
 Diez sonoras campanadas
 De fatídico reloj.
 Y al par, á escape, tendido
 En negro caballo vió
 A Acebedo, que llegaba
 Cual diablo exterminador,
 A robarle el alma y vida.
 Con un sarcasmo feroz
 Dijo Acebedo, que al punto
 Comprendió la situación
 De Mañara: ¡Alargo el plazo!
 Que pues dichoso no sois;
 No quiero teñir mi espada
 Con sangre rabiosa ¡nó!
 Comprendo que la gacela
 Huye del fiero leon,
 Y darle pretende el tigre
 En esta empresa favor.
 Y así diciendo, con calma
 A la puerta se acercó,
 Y la dió tan fieros golpes,



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Que resonaba el fragor
Cual si maza de gigante
Fuera su puño feroz.
Ciego Mañara de rábía
—¡Sacad la espada! gritó,
Y si noble habeis nacido
Cumplid las deudas de honor.
Sus aceros se cruzaron,
Un grito sordo se oyó,
Y Acebedo cayó en tierra
Lanzando una maldicion.
—¡Caridad! dijo Mañara
Con desfallecida voz,
¡Caridad! ¡Sálvame ahora!
¡Ten piedad de mi dolor!

P. C. Monumental de la Alhambra y G. C.
CONSEJERIA DE CULTURA
VII.

Sin hallar voces ni frases,
El desgraciado Gregüela
Fuerte estrecha entre sus brazos,
Llorando de angustia y pena,
El cuerpo de la infelice
Que en un tiempo suyo fuera.

En las postreras angustias
Con voz conturbada y tierna
La madre desventurada

Murmuró: ¡tu vida enmienda,
 Te dejo un ángel, no manches
 Su inmaculada pureza...!
 ¡Juan! ¡Caridad! ¡Virgen santa!
 ¡Hija, que Dios te proteja!

Y voló su ánima al Cielo,
 Quedando el cuerpo en la tierra.

Caridad aquel cadáver
 Anegada en dolor besa,
 Mientras inmóvil y mudo
 Está llorando Gregüela.
 De repente, obedeciendo
 A una convulsión magnética,
 Anhelante de fatiga
 Corre á la mezquina puerta
 De la estancia, y con sus manos
 El férreo cerrojo aprieta.
 Oyé fragor espantoso
 Retumbar en la escalera,
 Y lanzando horrible grito,
 Corre á Caridad, la estrecha
 Entre sus brazos, y el triste
 Oprímela con tal fuerza,
 Cual si quisiera en su angustia
 Dentro del pecho esconderla;
 Y... ¿escuchas, hija? le dice,
 No son hombres, nó, son hienas.
 Buscan tu honor, hija mia:



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA